

Picech, María Cecilia: “Auto-etnografía: trayectos transnacionales, fotografía y cultura material”; en *REA*, N° XXII, 2016; Escuela de Antropología - FHUMYAR - UNR; pp. 61-78.

Auto-etnografía: trayectos transnacionales, fotografía y cultura material

María Cecilia Picech (FLACSO Ecuador)
emecepicech@gmail.com

Resumen

El presente artículo está basado en un ejercicio para la materia “Métodos Cualitativos” dictado por Hugo Burgos en la Maestría de Antropología Visual de FLACSO, Ecuador. Aunque fue realizada hace unos años, conserva el espíritu con el que fue escrito: pensar sobre el empleo de las fotografías como métodos de investigación antropológica sobre la cultura material. A partir de una auto-etnografía, realizo un recorrido fotográfico por mi casa en Ecuador y desde allí reflexiono sobre los espacios como lugares en donde se concentran sentidos y representaciones personales y sociales de los trayectos transnacionales.

Siguiendo una de las técnicas presentadas por Collier (2009) para la Antropología Visual, me atrevo a ser mi propio sujeto de investigación para realizar una reflexión metodológica de la construcción del relato desde lo visual, como registro de la cultura material. En el proceso uno se define a sí mismo, plasmando la experiencia en recuerdos e imágenes que nos configuran y dan sentido en un tiempo y en un lugar determinado, y que a partir de eso pasan a ser fundamentos de nuestra memoria. El ejercicio, aunque basado en la experiencia personal, condensa un método y una reflexión que puede ser utilizado en cualquier investigación que utilice fotografías como herramienta de análisis etnográfico.

Palabras claves: auto-etnografía - fotografía - metodología visual.

Self-ethnography: transnational paths, photography and material culture

Abstract

The present paper is based on an exercise for the subject “Qualitative Methods”,

PICECH, María Cecilia - “Auto-etnografía: trayectos transnacionales, fotografía...”

dictated by Hugo Burgos in the Master of Visual Anthropology of FLACSO, Ecuador. Although it was made a few years ago, it preserves the spirit with which it was written: think about the use of photographs as methods of anthropological research on material culture. From a self-ethnography, I take a photographic tour of my house in Ecuador and from there I think about the spaces as places where senses and personal and social representations of the transnational paths are concentrated.

Following one of the techniques presented by Collier (2009) for Visual Anthropology, I dare to be my own research subject to perform a methodological reflection on the construction of the story from the visual, as a record of material culture. In the process one defines itself, shaping the experience in memories and images that configure us and give meaning in a certain time and in a certain place, and that from there they become the foundations of our memory. Exercise, although based on personal experience, condenses a method and reflection that can be used in any research that uses photographs as an ethnographic analysis tool.

Keywords: self-ethnography, photography, visual methodology.

Introducción: aspectos teóricos-metodológicos

Lo que vemos y observamos está condicionado por quiénes somos, de dónde venimos, a dónde estamos, con quiénes estamos y, fundamentalmente, pautado por el tiempo y el espacio. Aquello que captamos ahora tal vez no lo captemos mañana, o tal vez sí pero de un modo diferente. Por ello, la fotografía no es un dispositivo “objetivo” de registro de información, sino una fuente de recolección de datos etnográficos como la escritura. Sin embargo, también sabemos que la fotografía permite captar algunos fenómenos y problemáticas vinculados a la visualidad y a la estética con mayor rango y rapidez que la escritura. Malcolm Collier, en su texto “Photographic Exploration of Social and Cultural Experience” (2009), hace un recuento de los posibles usos de la fotografía como un recurso para la información antropológica, que es la base y el fundamento para el ejercicio de metodología visual presentado en este artículo.

En el marco de las sociedades de la Información (Castells, 2002), en donde las nuevas tecnologías conforman la plataforma sobre la que se estructura la sociedad en red y los lazos sociales contemporáneos, la fo-

tografía se transforma en una vía única para generar pertenencia e identificación. En las redes sociales e Internet, la fotografía ha pasado a ser un dispositivo visual fundamental para comunicar y atraer la atención de los usuarios. Al igual que en el mundo virtual, en el material y espacial la visualidad se ha convertido en un elemento trascendente y constitutivo de lo social. Los artefactos culturales, las artesanías, las artes visuales, el carácter y disposición de los hogares, los centros comerciales, las avenidas, los bienes en un mercado, las personas en el espacio público, los diferentes estilos arquitectónicos, decorativos y de vestimenta, los adornos personales, las distintas culturas urbanas y musicales de los jóvenes, los grafitis en la calle y las publicidades, entre otras fuentes de información, constituyen el amplio rango de situaciones y asuntos de la vida material y espacial que pueden registrarse con una cámara.

De este modo, Collier (2009) sostiene que la fotografía se constituye en una fuente de información privilegiada para el registro etnográfico de las culturas, los lugares y las sociedades contemporáneas, así como de los procesos socioculturales y las relaciones sociales. En este trabajo, doy cuenta de la distribución material y espacial del hogar de una pareja heterosexual extranjera, de mediana edad, que migró en búsqueda de mejores condiciones laborales y educativas.

La cultura material del hogar de esta pareja, que es la mía, da cuenta de los procesos sociales transnacionales que configuran los trayectos personales. Para ello, es fundamental el proceso de fotoelicitación que he realizado luego de tomar las fotografías. La fotoelicitación es un proceso de evocación en el que las imágenes sirven como disparadores de ideas, recuerdos, situaciones y emociones en una persona, en el marco de una entrevista formal e informal (Collier, 2009). El contenido del relato se vincula a las fotos, porque hay un interés en lo que éstas provocan en el entrevistado. En este caso, la realización de una auto-etnografía me conduce a realizarme a mí misma una fotoelicitación; lo que se podría llamar autofotoelicitación, en el que a través del proceso auto-etnográfico se construye un relato a partir de fotografías.

La auto-etnografía es un método de investigación cualitativa, y una

forma de escritura y presentación de resultados, que se sostiene por la consideración epistemológica de que una vida individual puede dar cuenta de los contextos sociales e históricos en el que se encuentra esa persona (Blanco, 2012). En este sentido, la auto-etnografía parte de una experiencia personal con el fin de comprender una experiencia cultural (Ellis, 2004). Y este es su carácter primordial: como investigación social cualitativa que combina técnicas de la etnografía y la autobiografía.

Si bien este enfoque desafía los modos tradicionales de hacer investigación y representar a los otros (Spry, 2001) –asunto que no se discutirá aquí–, es una herramienta privilegiada para la construcción de relatos antropológicos en donde se evidencia la relación de poder de la escritura y de toda representación social (Hall, 1997). Hablar de nosotros como si fuéramos otros, da cuenta de que el juego de hacer ajeno lo propio es parte fundamental de la construcción reflexiva del conocimiento (Guber, 1991). En este ejercicio, la utilización de la técnica de fotoelicitación permite pensar la propia cultura material atravesada por prácticas y sentidos sociales que, a través del soporte físico de la fotografía, encuentran representación, no solo al enfocar ciertas cosas y no otras, sino también en el relato que construyo a partir de esas fotografías.

Presentación personal

Antes de tomar las fotografías, observé mi casa, prestando especial atención a la distribución de los objetos en el espacio, buscando resaltar los detalles, principalmente aquellos que expresan o reflejan las intenciones y las búsquedas de los que habitamos este hogar. En la casa de Guápulo –barrio patrimonial de la ciudad de Quito, Ecuador– vivimos, hace un poco más de medio año, Lautaro, mi pareja, y yo, ambos argentinos que trabajamos y estudiamos en Quito. Lautaro es diseñador gráfico, y yo soy antropóloga, estudiante de la maestría en Antropología de FLACSO. Somos de clase media-media baja, con un buen acceso educativo y cultural, facilitado por un esfuerzo familiar en ambos casos. Esto nos ha llevado a explorar distintas expresiones culturales, especialmente artísticas y musicales, ya sea ejecutándolas o como espectadores.

Como parte de una búsqueda personal, estética y social, nos encontramos recorriendo, conjuntamente, algunas manifestaciones, como el can-dombe, un cierto interés compartido por la fotografía y el diseño, y una predilección, casi “fetiche”, por los objetos como elementos simbólicos de decoración.

A las fotografías las ordené por habitación o funciones de los espacios, comenzando por la parte exterior de la casa, y luego continuando por la cocina, y finalmente por los diferentes ambientes que componen el interior (vestuario, dormitorio, living-comedor y escritorios), ubicadas de tal modo que asemejen un recorrido y una visita. Tomé imágenes generales del lugar, que puedan captar el ambiente y los espacios de distribución de las habitaciones, centrándome también en los detalles que las componen. Para ello, elegí los objetos que consideré más representativos de nuestras búsquedas personales y pertenencias culturales. Para la presentación, decidí editar un *collage* donde se combinen estéticamente las fotografías tomadas en cada espacio.

Trayectos

En cada uno de los espacios, reordenados a nuestra llegada, se pueden apreciar ciertos objetos y marcas que fueron realizados a lo largo de estos meses, así como aquellos que ya estaban cuando habitamos la casa. El primer collage, al que llamé “la entrada” (IMAGEN 1), muestra la distribución de las habitaciones y su confluencia en un espacio exterior, “marcado” por sus habitantes. Decidí comenzar por el ingreso propiamente dicho para simular un recorrido, y porque es un lugar, muy utilizado por nosotros, principalmente en días de sol o noches estrelladas.

El dibujo de la ventana fue realizado por mi hermana el día en que comencé a tomar las fotografías; ella, quien está visitándome en estos días, viene hace un tiempo decorando los objetos y “marcándolos” con su arte. Es un buen modo de tenerla cerca cuando regrese a Argentina. Nuestra condición de residentes extranjeros es palpable en los objetos colocados sobre la puerta y la ventana de la cocina: por un lado, la canasta de la prosperidad, que compré en la festividad boliviana de “Ala-

sitas” que se hizo en Quito el pasado enero, muestra un acercamiento a la cultura material andina y a un deseo de “prosperidad” materializado en un objeto al que no habríamos tenido acceso en Rosario (Argentina) porque en los espacios que frecuentamos no se festeja ese día; por otro, la lechuga, símbolo de la abundancia y sabiduría para el pueblo Qom da cuenta de un interés por la simbología y la cultura material de los pueblos originarios. La relación de estos objetos con el deseo de bienestar y prosperidad, y su ubicación en la entrada de la cocina como espacio de realización de los alimentos, fue una búsqueda predeterminada, pero el vínculo entre ellos pude evidenciarlo en la fotoelicitación.

Los caracoles sobre la puerta y la ventana dan cuenta, no sólo de un gusto compartido y de nuestro amor por el mar, sino que significan los momentos en los que ambos los recogimos durante las caminatas por la playa en el Ecuador. También es un recordatorio de volver al mar en cuanto podamos. El mate en la escalera hace referencia a que esa mañana de sábado, día en que los dos no debemos salir de la casa a realizar nuestras actividades cotidianas, compartimos esta infusión en casa; una bebida tan “propriadamente” argentina en un país donde acceder a la yerba no es cosa fácil. Por su parte, la alfombra de entrada en la puerta de ingreso a la casa, es una invitación a ingresar a la misma. De esto me percaté una vez tomada la fotografía y mientras analizaba su significancia. Este panorama de la casa es una vista que solemos tener al sentarnos en las escaleras; su contemplación es parte del habitar este hogar.

El *collage* que sigue es “la cajita-cocina” (IMAGEN 2), muy chiquita y compacta casi como una caja de cartón. Los techos de las casas a la que estábamos acostumbrados en Rosario son mucho más altos al de esta casa, lo que nos obliga a agacharnos cuando pasamos por la puerta. Nuestra ascendencia europea se denota en nuestra estatura que contrasta con los techos bajos, principalmente en las casas viejas como esta. La cocina tiene, además, un estilo campestre, con el que fuimos contribuyendo al agregar algunos objetos y detalles. El dibujo de la ventana, recién comenzaba a realizarse y aún no estaba terminado. El arte de Paula, mi hermana, se encuentra también en las fotografías-ímanes en la hela-

dera. Muchas de ellas vinieron con nosotros desde Argentina, y estaban en nuestra alacena, otras las trajo mi hermana hace unas semanas.

En estas fotografías-ímanes están retratados el Chanta y Aurora, los gatos que dejamos al cuidado de mi abuela; en otra aparece Reconquista, mi ciudad natal desde una vista aérea, y en otras Charo e Inés, las perras de Claudia, mi mamá. En la heladera, además, hay billetes falsos, que recogí el domingo pasado en un concierto de *Mugre Sur*, un grupo de rap quiteño, con la cara de personajes como Iggy Pop y Mario Baracus. Como espacio sobre el que se puede marcar y significar pertenencia, la heladera da cuenta de algunos de los afectos que dejamos en nuestra tierra, así como nuestro gusto por el rap quiteño. El pasado y el presente conviven en la nevera.

La afición por las imágenes y el diseño, principalmente por parte de Lautaro, es visible en la línea de encendedores sobre la cocina, que él mismo formó con los que ya están vacíos (que sirven además para encender las hornallas). En Rosario, juntábamos los “*bics* chiquitos”, y los terminé regalando al venir a Quito. Si bien hace tiempo dejamos de fumar, nos gustan los mecheros como objetos, y esta superposición lineal y por colores como composición muestra nuestro “fetichismo” performizado. Por otra parte, el corcho y algunas botellas vacías o a medio llenar marcan pertenencia generacional y nacional, al ser bebidas que se identifican con la argentinidad (el vino es considerado “tradicional” de Argentina, mientras que el fernet es una bebida “reapropiada” como “popular” hace más de una década, que se toma con Coca-Cola y denota la reunión de amigos).

Como se puede observar en las fotografías, abundan los utensilios, cada uno en su lugar, aportando al aire “campesino” de la cocina. Esto lo hizo Lautaro una mañana “de obsesión”, dándole lugar a cada uno de los objetos que se amontonaban en las alacenas sin puertas. Sin embargo, nuestra procedencia urbana es evidente, tanto en los ímanes y el dibujo de la ventana, como en el afiche de un concierto de música, pegado cerca de la puerta. Aunque no asistimos a ese evento que se realizó en Quito hace unos meses, nos gustó el dibujo para pegarlo sobre un garabato

en aerosol, que vino con la casa. Además, con este afiche mostramos y evidenciamos un gusto por determinados géneros musicales, como pertenencia cultural.

La siguiente composición la realicé con fotografías tomadas a la primera habitación a la que se accede al ingresar a la casa, “el vestuario”, o mejor catalogado: “el vestuario + la sala de cachivaches” (IMAGEN 3). Luego de ver nuestra ocupación y movilidad en esta casa, decidimos reordenar completamente esta habitación, que no tenía un fin definido antes de nuestra llegada. La elección por un vestuario, más que por costumbre, fue funcional a la distribución espacial del hogar. Allí juntamos la cajonera, los sillones y los percheros que se encontraban desparramados en las otras dos habitaciones de la casa. El color de la vestimenta que se aprecia colgada da cuenta de cierta predilección por un estilo “informal”, y más bien juvenil, acorde con ciertas actividades culturales. Además de nuestra ropa, guardamos las mochilas y los bolsos, así como mis pañuelos y otros objetos, como la aspiradora, la depiladora, las valijas, toallas, sábanas, etc.

El tambor, protagonista de dos fotos, es un *chico* de candombe, que viene repicando desde Rosario, en búsqueda de un grupo de quiteños que, extrañamente, realizan por estas latitudes una práctica cultural del Río de la Plata. El cuero y los palillos, aportan a la pertenencia transnacionalizada y resignificada en un contexto muy diferente. El candombe andino se hace presente, además, en el traje rojo y verde, colgado entre la ropa. Este espacio, también utilizado para acumular la ropa sucia en el canasto y para colgar las prendas lavadas los días de lluvia, resume con su “desorden” y en su abigarrado “amontonamiento”, su funcionalidad y nuestra “embarullada” organización.

Las habitaciones se encuentran unidas entre sí, diferenciadas por paredes con aberturas sin puertas. Me percaté en el análisis que esta distribución nos llevó a definir la funcionalidad de cada uno de los espacios de un modo diferente a lo que estábamos acostumbrados. Acceder a la casa por el vestuario y la sala de bártulos es algo que no nos convence pero que, ante las posibilidades presentadas en el reparto de habitaciones, en-

contramos mejor, privilegiando la luminosidad para los escritorios, y la amplitud y centralidad para el dormitorio. Aunque creo acertada la elección de la habitación del medio para la alcoba, no es una distribución muy funcional para recibir visitas.

Esto me lleva a reflexionar sobre nuestra vida social: sólo recibimos como invitados a personas muy allegadas a nosotros, familiares y amigos, donde esta distribución espacial no nos llega a molestar. Por otro lado, y privilegiando un buen descansar, pienso que la ubicación de la cama en la habitación central, un poco alejada de las ventanas, hace del espacio un sitio más íntimo y no tan iluminado, ayudado por la cortina corrediza de mimbre (IMAGEN 4). La elección de esta habitación también nos permitió que cada uno de nosotros tenga su mesa de luz, un sillón y un espacio personal en el que guardar, amontonar o depositar los objetos que consideremos, sin “invadir” el lugar del otro.

La vida en pareja conlleva el compartir y el diferenciar, que se ve reflejado en la distribución espacial y en los elementos que marcan la propiedad individual y la personalidad. De este modo, mi lugar de la cama se encuentra indicado por un almohadón rosa, en forma de peluche, que traje conmigo desde Rosario, y mi mesa de luz está con algunos medicamentos homeopáticos, que indican una búsqueda de tratamientos médicos alternativos. El cajón de mimbre, sobre el que se halla un libro de estiramientos corporales con el que suelo practicar, alberga el botiquín y algunos productos de limpieza corporal. Mis cremas y artículos de belleza, propios de una mujer pasados sus 30, ocupa un poco más de la mitad del espacio frente a la cama y bajo el mapa de Ecuador, que vino con la casa.

El espacio de Lautaro, además de su mesa de luz, está compuesto por el sillón que se encuentra del lado opuesto a la cama, donde tiene su mochila y sus gorros colgados, y la mesada que separa el dormitorio del living. Aunque allí tiene algunos de sus objetos personales, su cámara fotográfica, un “Amarula” que nos trajeron de regalo y su mp3, solemos utilizar ese espacio para colocar la computadora cuando estamos en el living-comedor. El colibrí, símbolo del Ecuador, estaba dibujado

en la pared cuando llegamos. Este dibujo nos gustó, razón por la que decidimos dejarlo. De algún modo, su presencia da cuenta de que nuestra apropiación del espacio no es total, es decir no “borramos” lo viejo para asentar lo nuevo, sino que utilizamos elementos, objetos y símbolos preexistentes, resignificándolos y revalorizándolos.

La última habitación, con ventanas hacia la calle-peatonal, he decidido presentarla con dos *collages*. Cada uno de ellos fue confeccionado privilegiando la funcionalidad y las actividades que se realizan en dichos espacios: uno es el living-comedor (IMAGEN 5) y el otro la “sala de estudio” (IMAGEN 6). Aunque colindantes, su distribución se encuentra bien marcada y delimitada, en esta “cajita” de madera, como suelo llamarla. Con techos un poco más altos que la cocina su composición aporta a la construcción de un ambiente cálido. El living-comedor, donde comemos y/o vemos películas, se encuentra ubicado del lado izquierdo mirando hacia las tres ventanas que dan al pasaje El Calvario.

Uno de los reductos característicos de este espacio es el “altarcito” que está en la pared central que separa el living del dormitorio. Recuerdo que fue uno de los lugares más “festejado” por Lautaro cuando llegamos a la casa. Allí hay fotos nuestras, de algunos años atrás, y utensilios personales como encendedores, papelillos, un frasco con monedas, pipas y cajitas decorativas, etc. Él es quien se ocupa del orden de esa garita, y de los elementos que la componen. En la otra mesada, que separa el living del comedor, está el espejo y algunos artefactos electrónicos como el celular y el mp3. Es también allí un lugar donde, si no las cuelgo en la puerta, dejo las llaves.

El espacio de los escritorios es el lugar en el que paso la mayor parte de mi tiempo cuando estoy en la casa. Las mesas se encuentran una al lado de la otra, en la parte derecha de la habitación. Cada una con su computador y algunos artículos de oficinas repartidos en ellas, suele ser el paisaje cotidiano que manipulo todos los días. Los adornos en la ventana, sobre mi escritorio, marcan una apropiación del espacio que ocupo cuando trabajo. Velas, piedras, un cactus y un *pen drive* dan cuenta de que el lugar es apropiado por una persona que se siente atraída

por actividades “esotéricas”. El mate en el escritorio es un símbolo de las horas matutinas de estudio, en las que la infusión es mi única compañía.

En la pared del fondo hay una repisa que está repleta de apuntes, libros, películas y discos; como un agregado de mi escritorio, tengo fácil acceso a estos materiales. Allí también guardamos la cámara digital, el grabador de audio y los cables de conexión. Elegí retratar con una fotografía mis libros, los pocos que tengo aquí, porque son los objetos que más aprecio de esta repisa. Muchos de ellos los traje conmigo; en su mayoría son textos que tratan sobre prácticas culturales diversas y musicales, particularmente de “estudios culturales” críticos, que es la línea de investigación que desarrollo. Creo que este rincón da cuenta de mi procedencia académica y mi búsqueda artística, entremezclada con objetos que reflejan gustos personales. Las maracas de Marimba vinieron con la casa, pero adquirieron un lugar relevante en la disposición espacial que hicimos, junto a imágenes del Ecuador. El mapa de Quito, junto a la imagen de la ciudad colonial, se entremezcla con fotos y dibujos personales, así como folletos y entradas a conciertos.

Ideas finales

Realizar un ejercicio fotográfico sobre la cultura material de una misma es una experiencia bien enriquecedora, no sólo en lo que respecta al conocimiento de la técnica de fotoelicitación, sino fundamentalmente, porque pude reflexionar en torno al tema aquí tratado: mi casa en Quito. En el momento en que empecé a recorrerla para observar cuáles eran las distribuciones espaciales y las “marcas” que imprimen tanto mi presencia como la de Lautaro, me di cuenta de que, a pesar del poco tiempo que llevamos aquí, nos apropiamos enteramente de la casa.

Este habitar, entendido como una acción que dota de sentidos subjetivos al lugar, trascendiendo lo geométrico y transformándolo en un sitio significado con recuerdos, memorias, huellas y trazos de vida (Bachelard, 2010: 78, 79), se refleja tanto en la disposición diferente de las habitaciones, adecuando la distribución de los muebles a nuestras necesidades y gustos, como en los objetos, imágenes y detalles que fuimos

colocando para señalar nuestra traza. La presencia de nuestras subjetividades, y las pertenencias de género, profesión, clase, generación y nación se materializan en el hogar como radiografías de nuestras personalidades, búsquedas y actividades sociales y culturales.

Esta casa ha sido habitada por muchas personas antes de que nosotros llegáramos; cada uno de los cuales ha dejado sus “marcas”, dibujos y objetos como señales de su paso por allí. Hace un tiempo conocí una chica que, al visitar mi casa, recordó haber estado ahí unos años atrás, en una fiesta de *huasipichai* de unos artistas extranjeros –así se le dice en el Ecuador a la festividad que se realiza al inaugurar una casa–. También vivieron dos amigas argentinas que estudiaron en Flacso –Anahí y Mel–; la última fue quien nos dejó la casa. Muchos de los muebles y objetos los resignificamos, sin embargo encontré que hay ciertas continuidades entre los habitantes anteriores y nosotros, una línea de afinidades ideológicas y estéticas, que decidimos no borrar por completo y mantenerlas porque concordaban con las nuestras.

El ejercicio me permitió pensar, además, en la distribución del espacio compartido y en los acuerdos que conlleva el “vivir juntos”. Encontré en el análisis una punta para evaluar los usos y la disposición de los sitios de acuerdo a los gustos, costumbres y “mañas” que cada uno trae consigo. Esto me condujo a pensar sobre la construcción material y subjetiva del espacio, a veces consensuada y otras veces disputada, donde lo que se está poniendo en juego es la impresión o la estampa de aquello que nos distingue y en el cual logramos sentirnos cómodos, como “en casa”.

De este modo, lo que prevalece en este hogar es una mixtura entre nosotros y otros que la habitaron antes, entre Lautaro y yo, una amalgama de estilos que confluyen de acuerdo a los gustos, las necesidades y las posibilidades. Creo que esta es una cualidad de todos los hogares que se levantan sobre una base ya establecida, prediseñada. Sin embargo, considero que esto se exagera al ser extranjeros porque allí se yuxtaponen, se relacionan y tensionan costumbres y objetos materiales que vinieron con nosotros desde Argentina, con otros que fuimos adquiriendo en Ecuador. Realizando este trabajo me di cuenta lo complejo y enriquecedor que

puede ser emprender la búsqueda de crear un hogar a kilómetros de distancia de tu lugar de origen.

Reflexión metodológica

Llevar a cabo este ejercicio con una auto-etnografía que utiliza la técnica fotográfica y la fotoelicitación me ha dado, en primera instancia, un acercamiento concreto a una guía metodológica que me permitió una aproximación más compleja y comprometida con las imágenes, como fuentes de datos para el análisis etnográfico. Corriéndome por primera vez del uso de las imágenes como meras ilustraciones del texto, este ejercicio me ha permitido partir del análisis de las imágenes para desde allí construir el relato. La observación primera de la casa, la elección de los ángulos de la fotografía y los objetos a retratar, así como el hecho de seleccionar las imágenes que finalmente se plasmaron en el texto, implicó un esfuerzo de ajustar la mirada etnográfica hacia mi misma. La reflexión en torno a mi subjetividad y la relación de ésta con el entorno material del hogar, ha sido propiciada, fundamentalmente, por el hecho de poder volver una y otra vez a las imágenes para encontrar allí el análisis buscado.

En segundo lugar, la elaboración de este ejercicio me condujo a redimensionar las relaciones entre cultura material y subjetividad. En el usar es donde se construye el sentido de las cosas, es el habitar lo que permite que los objetos, inertes de por sí, adquieran significancia y valor no sólo utilitario sino significativo e identitario. El acceso a la intimidad de un hogar, en este caso a mi propia casa, constituyó una puerta de entrada para pensar y reflexionar sobre la configuración de las personalidades a partir de la constitución del espacio doméstico como universo cultural.

Encontré en la fotografía un aliado indispensable para esta metodología, que me permitió el distanciamiento necesario para repensar mi propio habitar. El plasmar en una imagen fragmentos de mi casa, seleccionado y direccionado por el interés particular de encontrar “marcas” y “señales” de mi identidad, me permitió pensar algunas relaciones e ideas en las que no me había detenido antes de realizar este trabajo. La

PICECH, María Cecilia - “Auto-etnografía: trayectos transnacionales, fotografía...”

auto-etnografía desde la fotografía, como disparadora de emociones y recuerdos a través de la elicitación, me condujo a pensarme a mí misma, mis relaciones, mis amores y manías, mis gustos, identidades culturales y trayectos transnacionales a partir de la distribución espacial de mi casa.

Por último, pude experimentar un modo de investigar que hace tiempo vengo buscando realizar: combinar el trabajo académico con lo estético, amalgamando en el análisis social los registros visuales de la cultura material. Considero que la tensión entre arte y ciencia, planteada por Grau (2002), logra superarse en la práctica mediante el seguimiento de pautas concretas que direccionen el acercamiento metodológico desde el que se construirá el conocimiento. En este aspecto, el texto de Collier (2009) me ha resultado una guía fundamental para comenzar a utilizar la fotografía como un medio primordial para la investigación social. La realización de este ejercicio me demostró, además, que el análisis científico se enriquece cuando no se olvida del arte, cuando lo incorpora como aporte imprescindible a partir del cual edificar un entendimiento mediado, situado, y creativo.

Bibliografía

- BACHELARD, G. (2010 [1957]) “Casa y Universo”. En: *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 71-106.
- BLANCO, M. (2012) “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos”, en *Andamios. Revista de Investigación Social*, volumen 9, número 19, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, pp. 49-74.
- CASTELL, M. (2002) *La Era de la Información. Vol. I: La Sociedad Red*, México, Siglo XXI Editores.
- COLLIER, M. (2009) “Photographic Exploration of Social and Cultural Experience”, en M. STRONG & L. WILDER (Eds.) *Viewpoints: Visual Anthropologists at Work*, Austin, The University of Texas, pp. 13-31.
- ELLIS, C. (2004) *The ethnographic I: A methodological novel about autoethnography*, Walnut Creek, CA, Alta Mira Press.

GRAU, J. (2002) “Aproximación a la teoría (audio) y a su campo de estudio”, en *Antropología audiovisual: fundamentos teóricos y metodológicos en la inserción del audiovisual en diseños de investigación social*, Barcelona, Bellaterra, pp. 31-52.

GUBER, R. (1991) *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Paidós.

HALL, S. (1997) “Introduction”, en *Representation: Cultural Representations and Signifying Practice*, pp. 1-11.

SPRY, T. (2001) “Performing autoethnography: An embodied methodological praxis”, en *Qualitative Inquiry*, vol. 7, núm. 6, pp. 706-732.

Recibido: 20/12/2016

Evaluado: 15/05/2017

Versión final: 22/05/2017

Anexos: fotografías

IMAGEN 1: La entrada



IMAGEN 2:
La cajita-cocina



IMAGEN 3:
El vestuario + la
sala de cachivaches

IMAGEN 4:
El dormitorio



IMAGEN 5:
El living/comedor



IMAGEN 6:
Sala de estudio

